

se en cara? ¿Y tendrá valor para llamarse *hombre de bien*?

Hablemos claro: la *hombria* esta *de bien* que se quiere poner en un lugar de la Religión, no es más que una picardía inventada por los que tienen miedo y horror á sujetarse al dulce yugo cristiano. El cristianismo *lo hila*, como suele decirse, *muy delgado*, y á la gente de manga ancha le ha parecido conveniente desentenderse de él, y decir que está de sobra, y que á nadie le hace falta ninguna el ser cristiano con tal de que sea *hombre de bien*. Disparate tan grande como si dijéramos que á nadie le hacen falta los ojos para ver ó las piernas para andar.

IV

Un capítulo que no es sólo para el pueblo.

No has oído decir nunca, caro lector: ¡Oh! la Religión, la Religión es buena, es útil, necesaria *para el pueblo*? El pueblo sin religión se convierte en horda de salvajes, á los que solo se puede contener á palos y cañonazos. La Religión, el temor de Dios, es el mejor freno para el pueblo, y

desgraciada aquella nación en la que el pueblo pierde la idea de Dios. Con ella se va la idea de honradez, de moralidad y de virtud... y se convierte en merienda de negros.

Y sobre ese tema hacen toda clase de variaciones, que todas se vienen á reducir á hacer creer que la Religión es la mejor policía, el mejor cuerpo de guardias civiles que se ha inventado. Porque, casi siempre, esa idea verdadera de que la Religión es buena para el pueblo y necesaria, envuelve la falsísima idea de que al que no es pueblo maldita la falta que le hace. Como si la Religión fuera cosa de chaquetas y levitas, y no de deber y de conciencia. ¿Gastas levita y tienes cuatro cuartos tal vez adquiridos con trampas é ilícitas artimañas? ¿Eres *persona decente* y sabes saludar y hacer muchas reverencias en un salón? Pues entonces puedes ser un salvaje en lo del alma, y no tener más Dios que tus placeres ó tus caprichos. ¿Pero eres del pueblo, es decir, ganas el pan con el sudor de tu frente, y usas blusa y alpargatas, y no entiendes de tiquis miquis de cortesías y salutations? ¡Ah! Entonces me conviene mucho que

seas un ser religioso, porque, si no, el mejor día se te ocurre merendarme, y, ¿qué será de mí, que soy un alfeñique, entre tus encallecidas manos de gigante? Nada, nada, sé muy cristiano; cree en Dios, que manda que me respetes y no me robes, y, sobre todo, que hay *para ti* un infierno si no eres lo que á mí me conviene. En cuanto á mí, ya es otra cosa. Yo puede creer ó no creer, ser cristiano ó ser ateo...; eso de la Religión, y sobre todo del infierno, no reza conmigo. Pues qué, ¿*allá* no habrá también ciertas atenciones para las *personas decentes*?

Esta es, pues, la teoría de muchos.

Que solamente el pueblo tiene obligación de no mostrarse impío con Dios, pero que todos los demás que no son pueblo pueden insultar cuanto quieran á la Divinidad; que hay criaturas que pueden renegar de su Criador, hijos que pueden deshonorar á su Padre, redimidos que pueden desconocer á su Redentor, *porque no pertenecen al pueblo*.

Que solamente el pueblo tiene necesidad de evitar los males eternos; que la misma razón natural, y otras muchas pruebas de todogénero, demuestran que son inevitables

para todos los que niegan á Dios el honor que le es debido, y que los demás que no son pueblo pueden arrojarse á la ventura en un mar de penas por toda una eternidad, como no lo haría ni un frenético, como si el infierno no fuese para los que no son pueblo.

Que solamente el pueblo tiene la desgracia de cometer pecados, y, por consiguiente, el deber de humillarse delante de Dios para pedirle perdón y alcanzar su misericordia; los que no son *pueblo* son unos santos benditos é impecables.

Estas y otras muchas cosas semejantes quiere significar aquella expresión: que *la Religión es buena solamente para el pueblo*. ¿Quieres saber, querido lector, lo que hay en esta materia? Pues escucha.

Es muy cierto que la Religión es buena para el pueblo. Es buena para el pueblo porque el pueblo se compone de hombres que son criaturas de Dios, destinadas por su Providencia á la patria celestial; que necesitan por tanto el auxilio divino, que es el medio indispensable para llegar á tan dichoso término. Es buena para el pueblo porque el pueblo tiene pasiones que combatir, y éstas

sólo ceden al poderoso influjo de la Religión. Es buena para el pueblo porque el pueblo tiene que llevar con resignación las privaciones inseparables de su estado; porque muchas veces le falta el pan, el vestido, la habitación; con frecuencia se ve agobiado del trabajo y del cansancio, y tiene necesidad de consolar la vida presente con la esperanza de la futura; olvidarse de la tierra con la perspectiva del cielo.

Es buena para el pueblo porque tiene que sufrir con paciencia los desprecios, las injurias, las vejaciones, las extorsiones de sus mentidos amigos y protectores, que ponen á prueba todo su sufrimiento. Es buena para todo eso, ¡oh, y cuán buena! Sería, por tanto, de desear que ciertos malvados no empleasen todos sus esfuerzos en quitar al pueblo sus sentimientos religiosos, y que, mientras se fingen amigos del pueblo, no fuesen en realidad verdaderos traidores del mismo pueblo, que tanto halagan. ¡Ojalá comprendiesen que si la verdad y la justicia no les hace mella, al menos su propio interés debería determinarlos á no quitar al pueblo su moralidad y honradez!

Pero, con todo eso, la Religión no es menos necesaria para aquellos que *no son pueblo*; antes bien éstos tienen de ella una necesidad mucho mayor, porque deben moderar la vanidad, que casi siempre va unida con la riqueza; tienen que refrenar el orgullo, que más fácilmente se introduce en los palacios que en las chozas; reprimir la avaricia, que suele crecer donde halla mayor materia en que cebarse; sobre todo tienen que resistir á la concupiscencia, que halla mayor excitación donde es mayor el ocio, más exquisitos los manjares, más copiosos los licores, más alegres las reuniones, más libres los bailes, los teatros, las diversiones públicas, más peligroso el trato social. Todos éstos tienen mayor necesidad de religión, porque ordinariamente están expuestos á tentaciones más fuertes, á caídas más frecuentes, á culpas más graves de las que tiene el pobre pueblo; por lo cual, si creen que el pueblo tiene necesidad de religión, sea en hora buena; pero deben persuadirse que también á ellos les conviene la Religión, y que no se han de desdeñar de compartir con el pueblo las prácticas religiosas.

Diga Ud. lo que quiera, la mejor Religión es hacer á nuestros semejantes todo el bien que podamos.

ENTENDÁMONOS. ¿Quieres decir con esto que basta y sobra hacer el bien que podamos á los demás para ser completamente religiosos? Pues dices un desatino. ¿Quieres decir que para ser verdaderamente religiosos debemos hacer todo el bien que podamos? Entonces dices mil veces bien, y no haces sino repetir lo propio que nuestra Religión nos enseña.

Si sabes, como creo, el *Catecismo de la Doctrina Cristiana*, recordarás que después de los Mandamientos de la Ley de Dios hay un parrafito que dice:

«Todos estos Mandamientos se encierran en dos: en servir y amar á Dios, y al prójimo como á nosotros mismos.»

Es decir, que al principio mismo de la Doctrina cristiana te encuentras ya eso que tú quieres; y te lo encuentras tan bien recalcado, que no sólo se te manda hacer á tu prójimo todo el bien que puedas, sino todo el que te harías á ti mismo cuando te hallaras en su caso.

Pero fíjate bien: al propio tiempo, y aun antes de mandarte que ames y sirvas á tu prójimo como á ti mismo, se te manda que ames y sirvas á Dios, y se te enseña que en estos *dos* Mandamientos se encierran todos los demás. *En estos dos*, ¿entiendes? Como si dijéramos, no en uno sólo, sino en ambos. Es decir, que no basta amar y servir á Dios sólo, ó sólo al prójimo, sino que es menester amar y servir juntamente á Dios y al prójimo.

¿Sabes lo que, bien entendido, quiere decir esto? Pues quiere decir una cosa que la razón enseña desde luego, y que además está probada por la experiencia, y es que el que no ama y sirve á Dios, tampoco ama ni sirve al prójimo; y que el que no ama y sirve á su prójimo, tampoco suele amar ni servir á Dios. O para que lo entiendas mejor: todo el que tiene religión es necesariamente benéfico, así como ninguno que sea verdaderamente benéfico puede dejar de tener verdadera religión.

En resumen: el amor juntamente á Dios y al prójimo son tan necesarios para ser verdaderamente religiosos, como son nece-

sarias para andar las dos piernas, como es necesario para cosechar trigo tener simiente y tierra.

Ama á Dios, y ten por seguro que amarás y servirás á tus semejantes; *ama á tu prójimo*, y ámalo tan verdaderamente que sea *como á ti mismo*, y yo te aseguro que también amas á Dios.

Pero repara que, aunque estos dos amores van inseparablemente juntos, el amor á Dios va delante del amor del prójimo; lo cual quiere decir que si el segundo es camino derecho para llegar al primero, el primero es la causa, el principio, el fundamento del segundo.

¿Me dices que hay ó ha habido un solo hombre que ame á Dios, es decir, que tenga religión y que no sea benéfico? Yo te respondo con toda seguridad que es mentira; que ni hay, ni ha habido, ni puede haber semejante hombre.

¿Me dices (y éste es el caso de que tratamos) que hay ó ha habido un hombre verdaderamente benéfico que, sin embargo, no tenía ó no tiene religión? Mentira, y mentira, y mentira. Para convencerte respónde-

me á esta pregunta: ¿Qué entiendes tú por un hombre verdaderamente benéfico?

Yo supongo que hayas conocido á alguno que, sin cuidarse nada de la Religión, sea generoso con los pobres.

Pero dime ahora: ¿estás seguro de que este hombre benéfico servirá con el mismo amor y con la misma generosidad á un enemigo suyo que á un amigo? ¿Estás seguro de que no se retraerá de hacer sus beneficios si teme que no han de agradecérselos? ¿Estás seguro de que al hacer sus beneficios no se lleva ninguna mira humana, ni la de ganarse amigos, ni la de merecer las alabanzas del mundo? ¿Estás seguro de que no hace el bien por cálculo, para evitar algún mal que teme le suceda si no le hace?

Y aun suponiendo que estás seguro de todo esto, ¿lo estás igualmente de que, llegado el caso, aquel hombre á quien ves dar generosamente á los pobres su dinero, les daría del propio modo su paciencia para aguantarlos si le insultaban? ¿Estás seguro de que entraría en la miserable y hedionda cueva de un mendigo á sufrir sus olores pestilentes, á curarle sus llagas, á darle

ánimo con sus exhortaciones, á consolarle con sus palabras? Y aun suponiendo que nuestro hombre benéfico fuese capaz, en un día dado, en una ocasión determinada, de hacer todas estas cosas, ¿estás seguro de que las haría en todos tiempos y ocasiones, sin quejarse, sin cansarse, sin impacientarse nunca, y no solamente no disgustándose de ello, sino teniendo mucho gusto en sufrirlo y deseando que dure?

La beneficencia de tu hombre benéfico, ¿es tan grande que alcanza toda esa altura? Ya veo que no te atreves á decirme que sí; pero yo en cambio te digo que no.

Y ahora te añado que esto, que no es capaz de hacer tu hombre benéfico sin religión, son capaces de hacerlo, y lo hacen, y lo han hecho, y lo harán perpetuamente, todos los hombres de caridad cristiana. ¿Qué digo todos los hombres? Lo hacen á todas horas esas mujeres de bendición, esos ángeles de la tierra, esas Hermanas de la Caridad, Hermanitas de los Pobres, etc., etc., corona santa de la gran beneficencia católica, esperanza del porvenir, consuelo de esta edad tan corrompida.

¿Concibes tú Hermanas de la Caridad que no tengan religión? Pues si no fuese por amor á Dios, ¿quién les daría esa fortaleza, esa resignación, esa dulzura y esa constancia con que desempeñan sus penosísimas funciones?



Santa Isabel, reina de Hungría, lavando á los leprosos.

No me hables, pues, de hombres verdaderamente benéficos sin religión, porque no los hay; porque es lo mismo que si me hablaras de música que suena sin instrumentos ó de flores que brotan sin tallo.

¿Queréis saber la diferencia que hay entre la beneficencia que se ejerce sin caridad, es decir, sin religión, y la que se ejerce con caridad, es decir, por amor del prójimo en Dios y por Dios? Pues mira por un lado cuán escasos y cuán tibios son los hombres benéficos de tu gusto, y cuán numerosos y verdaderamente admirables son la multitud de santos que pasaron su vida entera sirviendo á los pobres, un San Juan de Dios, un San Vicente de Paúl, una Santa Isabel de Hungría, y tantos otros, ó por mejor decir, todos, pues la vida de todos se distingue principalmente por su gran caridad.

Mira ahora por otro lado cuán numerosas, y qué bien fundadas, y qué duraderas han sido tantas casas de caridad, hospitales, hospicios, escuelas, como ha fundado la Iglesia católica, y echa después una ojeada sobre estos otros *establecimientos de beneficencia* fundados por lo que en nuestro tiempo se llama *filantropía*, es decir, amor á los hombres, y á tu buena fe dejo el decidir si en ellos se socorre á los necesitados con tanta abundancia, tan á tiempo y con tanto amor como lo ha hecho la Iglesia en otros

tiempos, cuando no era perseguida, humillada, escarnecida y despojada, como lo ha sido por los charlatanes de la *filantropía*.

Desengáñate: todos los discursos más pulidos, los sistemas de beneficencia mejor combinados, los esfuerzos más grandes, no conseguirán nada que haga verdadero bien á los hombres si no se apoyan en la Religión, si no se alimentan con el jugo de la doctrina católica, si no tienen por principio y por fin el amor á Dios junto con el amor del prójimo.

VI

Y diga Ud., ¿y por qué, en lugar de estarnos hablando siempre de la otra vida, no trata la Religión algo más de ésta y cuida de que no haya pobres?

Y quién dice que la Religión no cuida nada de los intereses del hombre en esta vida?—Respóndeme: ¿no es la Religión la que enseña á tu mujer que sea casta y hacendosa, á tus hijos que sean sumisos á tu autoridad y agradecidos á tus beneficios de padre, á tus criados que sean obedientes y celosos por los intereses de tu hacienda y de tu honra? ¿No es la Religión la que

con sus enseñanzas y avisos ataja los pasos del ladrón que va á robarte y del enemigo que quiere quitarte la vida? ¿No es la Religión la que, santificando el matrimonio de tus padres, ha hecho que tú seas hijo legítimo? ¿No es ella la que te manda mirar con amor y adoptar como hijo tuyo al desgraciado que ignora quiénes son sus padres?

¿No es ella la que manda al comerciante ser honrado en sus tratos, al juez ser justo en sus sentencias, al médico ser celoso en asistirte, al abogado ser fiel defensor de tu hacienda y de tu honra? En resumen: ¿no es la Religión bastante eficaz para hacer que los hombres cumplan fielmente cada cual las obligaciones de su estado? Y el hecho sólo de que cada cual cumpla sus obligaciones respectivas, ¿no es ya un medio seguro é infalible de que se conserven y aumenten los intereses de todos en esta vida?

No; la Religión no descuida nuestros intereses de aquí abajo; como que es uno de sus medios para cumplir el que de todos modos es su oficio propio y su principal objeto, á saber: mostrarnos el camino de la eterna bienaventuranza. Porque esto es lo que la

Religión se propone en primer lugar: hacernos buenos, ricos, dar á nuestras almas la virtud y la paz en este mundo, y dirigir las de manera que ganen la paz perdurable del otro. ¿No te parece bastante noble esta ocupación? ¿No te parece que es algo más importante prepararnos una habitación eterna en el cielo, que proporcionarnos en la tierra las comodidades y riquezas tan codiciadas por el mundo?

Pero tú me dices que la Religión debía cuidar de que no hubiera pobres, de destruir la miseria. Y yo te respondo en primer lugar que nadie hace tanto como la Religión para lograr este fin *en cuanto es posible*. ¿Quién sino la Religión hace que el rico busque al pobre para socorrerle, para servirle y para consolarle? ¿Quién sino la Religión hace que á su vez el pobre aprenda en el ejemplo de Jesucristo, no solamente á llevar con paciencia, sino con gusto, sus trabajos y privaciones, seguro como está de que su misma resignación ha de abrirle las puertas del cielo? ¿Quién sino la religión sabe encontrar recursos tan abundantes para librar de la miseria y para

socorrer á los menesterosos, en esa multitud de hospicios, hospitales y fundaciones caritativas de toda especie como hay en todas las naciones cristianas?

Si á pesar de toda esta solicitud no consigue la Religión extirpar enteramente la miseria, es por la sencillísima razón de que la miseria no puede ser nunca enteramente extirpada siendo, como son, permanentes las causas que la producen.

La primera de estas causas es la desigualdad que la misma naturaleza ha puesto entre los hombres, y que hace que unos tengan más robustez, más fuerza, más talento, más economías y más salud que otros. Hoy día se habla mucho de *igualdad*, y con esta palabrota...

—Oiga, caballero, pare Ud. los pies. Creo que no estará Ud. quejoso de mí, pues con más tranquilidad que yo nadie habrá escuchado á Ud. nunca; pero no puedo transigir con que llame Ud. palabrota á eso de la igualdad.

—¿Conque hablas formalmente?

—¡Pues es claro! Porque una cosa es que yo vea sin género de duda que hasta

ahora hay un abismo entre nosotros y entre todos los que más nos han gritado *igualdad*, pues ellos han apandado con las ricas prebendas de ministerios, direcciones, consejos, embajadas y cesantías, mientras que nosotros nos hemos quedado *iguales* que estábamos...

—Pues, tonto, eso querían decir con la palabra *igualdad*: esto es, igualdad entre conmlitones, compinches y compadres mandones, para subir y repartirse y disfrutar; igualdad entre los desheredados de la suerte en el sufrirnos, y soportar las cargas anteriores agravadas con las nuestras.

Por eso te decía que con esa palabrota se quiere hacer creer posible lo que es imposible de suyo, y cabalmente una de las cosas imposibles es el que todos tengamos los mismos bienes de fortuna. Si tú eres más listo, más agudo, más fuerte, más activo que yo, ¿cómo he de ser yo tan á propósito como tú para ganarme la vida? Si no tengo otro modo de vivir más que mi trabajo, y mis necesidades han sido tales que no he podido hacer ningún ahorro, ¿quién evitará que yo caiga en la miseria el día que me dé una en-

fermedad ó cuando me ponga viejo? Tú ves que la Religión no puede impedir ninguna de estas desgracias, y, por consiguiente, tampoco puede impedir la miseria causada por ellas.

La segunda causa de la miseria es la mala conducta. ¿Cuántos no se pierden por sus vicios, éste por darse al vino, aquél al juego, el otro á gastarse su dinero alegremente en *juergas* y comilonas? Si muchos de los que se quejan á Dios por sus desgracias recordaran la vida que han llevado, verían que ellos solos tienen la culpa de lo que les sucede. Si fueran honrados cristianos, otro gallo les cantara.

—Me parece que al hablar del vino y del juego me ha mirado Ud. con más fijeza que antes.

—¿Te vas á dar por aludido? ¡Quisquilloso eres en verdad! Un hombre que no se contenta con partidas de dominó de á dos mil tantos, y que no bebe de cada sentada sino seis ú ocho *tintas*, no debe darse por aludido al hablar de vicio ni de juego.

—Veo que se pone Ud. en lo justo.

—Y además, y sobre todo, no hay que

olvidar que la pobreza, como las enfermedades y como todos los males que padecemos en este mundo, incluso la muerte, son consecuencias del pecado original. Todos al nacer traemos esta herencia, que nos dejaron nuestros primeros padres, y la Religión no puede impedir que la traigamos con todas sus consecuencias. Pero en cambio puede hacer y hace que nuestros padecimientos se conviertan para nosotros en medios de salvación.

—Sí; porque los ricos se salvan teniendo caridad con sus hermanos los pobres, y los pobres se salvan sufriendo con resignación los trabajos que Dios les manda, y recibiendo con gratitud y humildad el socorro que les dan los ricos. Yo te aseguro que muy contado será el pobre sufrido y bueno á quien Dios no le ayude.

Que los ricos sean caritativos; que los pobres sean resignados y humildes. Con que se siguieran de este modo los consejos de la Religión, verías si era ó no bastante, ya que no para destruir enteramente la miseria, porque esto no es posible, al menos para disminuirla, para aliviarla y santifi-

carla, de modo que, en vez de ser un azote, fuera una gloria del mundo.

VII

Pues, señor, yo me formo acá mi religión, y la practico como me parece. Cada cual tiene su manera de servir á Dios.

YA! Y *tu manera* es no servirle de ninguna. Lo mismo que tú piensan todos estos que salen por ahí predicando la *libertad de conciencia* y la *libertad de cultos*. Todos ellos entienden por estas *libertades* la de no tener ninguna conciencia y de no profesar culto ninguno.

¿Quién te ha dicho que cada cual es libre de servir á Dios como se le antoje? Esto fuera bueno si Él no hubiera dicho cómo *quiere* ser servido; pero lo ha dicho, y no se le puede ni se le *debe* servir ni se le sirve de otra manera que no sea la que Él quiere.

Me dices que éste es negocio, solamente tuyo, y yo te respondo que la yerras de medio á medio; porque antes que tuyo es negocio de la Iglesia, la cual, antes que tú nacieras y después que te hayas muerto, es la encargada y mandada de Dios para enseñarnos á todos cómo se le ha de servir. Á

ser de otro modo, de más estaba haber dicho, como dijo á sus Apóstoles, primeros Obispos de su Iglesia: **ID Y ENSEÑAD Á TODAS LAS GENTES Á OBSERVAR MIS MANDAMIENTOS. *El que os escucha, me escucha; el que os desprecia, me desprecia; pues yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.***

Esto es muy clarito, hijo mío, y no hay remedio: ó negar que ha sido dicho por el mismo Dios, ó confesar que no hay otra manera de servirle sino la que enseñan estos á quienes Él ha encargado de enseñarnos.

Si me niegas que esto ha sido dicho por el mismo Dios, te lo probaré en otra conferencia. Pero si me lo confiesas, entonces te digo y concluyo:

Que el que no cree las verdades contenidas en el *Credo* y explicadas en el *Catecismo*; el que no guarda con la mayor fidelidad los Mandamientos de Dios y de la Iglesia; el que no procura ser casto, dulce, humilde, sumiso, sobrio, caritativo, en fin, como la Iglesia le manda entender y practicar estas virtudes cristianas; el que, por último, no implora y busca el auxilio divino con la oración y Sacramentos que le